

en cuyo tiempo no se les obligará á hacer ningun otro ejercicio, y se les alimentará con abundancia, aunque siempre con el sustento acostumbrado.

Antes de conducir el caballo padre á la yegua, se le dará un pienso, á fin de que aumente su ardor; y esta deberá estar limpia y desherrada de los pies, porque hay algunas que son cosquillosas, y disparan coces al acercarse á ellas el caballo. Un hombre tiene sujeta la yegua por la cabeza, y otros dos conducen el caballo padre con dos correas: cuando este se halla en situacion, se le ayuda á la cópula, dirigiéndole, y apartando la cola de la yegua; porque una sola crin que se interpusiese le podria lastimar grave y peligrosamente. Como sucede á veces que el caballo no consuma en la cópula el acto de la generacion, y se separa de la yegua sin haberle dejado nada, de ahí viene que es forzoso observar con cuidado si en los últimos instantes de la union, tiene el maslo de la cola del caballo cierto movimiento de balance junto á la grupa, respecto de que acompaña siempre la eyaculacion del licor seminal. Si consumó el acto, no se le debe dejar que reitere la cópula, sino conducirlo inmediatamente á la caballeriza, donde permanecerá hasta el tercer dia; por quanto si bien un caballo padre bueno

tiene vigor suficiente para cubrir una vez al dia en los tres meses que dura la monta, es mas ventajoso no obstante usar de él con prudencia, y no darle yegua sino cada tercer dia, con lo cual por una parte se estenuará menos, y por otra producirá mas. Así pues, en los siete primeros dias se le darán sucesivamente cuatro yeguas distintas, y á los nueve volverá á entrar en turno la primera, y consecutivamente las demás, interin estén en calor; pero luego que se le haya pasado á alguna de ellas, se le sustituirá otra nueva para hacerla cubrir á su turno y con la misma alternativa de tiempo; y como hay muchas que conciben desde el primero, segundo ó tercer acto, se regula que un caballo padre, gobernado de este modo, puede cubrir quince ó diez y ocho yeguas, y producir diez ó doce potros, en los tres meses que dura este ejercicio. La cantidad de esperma es muy grande en estos animales, y su emision muy abundante, segun puede echarse de ver en las descripciones que de ellos se han hecho, así como la grande capacidad de los receptáculos que contienen dicho licor, y las inducciones que se pueden sacar de la estension y figura de los mismos. Mientras las yeguas están en calor experimentan asimismo cierta destilacion del licor espermático, puesto que arrojan á lo esté-

rrior un líquido glutinoso y blanquecino, al cual se da vulgarmente el nombre de *calores*, y que cesa tan luego como están llenas ó han concebido. Esta es la sustancia que los Griegos llamaron *hippomanes* de la yegua, y de que creyeron se podían hacer filtros, principalmente para que un caballo se pusiese frenético de amor; pero es muy diverso este *hippomanes* del que se encuentra en las tónicas en que sale envuelto el potro, del cual ha tratado Daubenton, habiendo sido el primero que conoció y describió su naturaleza, situación y origen. Por lo demás, aquel líquido que fluye por las partes de la yegua es la señal mas cierta de su calor, sin embargo de que se conoce tambien por la hinchazon de la parte inferior de la vulva, y por los relinchos frecuentes de la misma yegua, que procura acercarse entonces á los caballos. Despues que el caballo padre la cubrió, se la lleva al prado ó al paraje donde pacia, sin observar en esto ninguna precaucion. El primer potro que da una yegua, no es nunca tan corpulento como los que echa despues; motivo por el cual se cuidará de darla por la vez primera un padre de mayor marca, á fin de compensar el defecto del incremento con lo grande de la estatura. Asimismo debe ponerse especial atencion en la diferencia, ó en la mutua correlacion

de las figuras del caballo y de la yegua, á fin de corregir los defectos del uno con las perfecciones del otro; y sobre todo, en no hacer nunca uniones desproporcionadas, como por ejemplo, de un caballo pequeño con una yegua grande, ó al contrario, porque el resultado de ellasería pequeño ó de malas proporciones. Para acercarse en lo posible al bello ideal en la naturaleza es preciso caminar por gradaciones: por ejemplo, á una yegua algo gruesa en demasia, se la dará un caballo de buena disposicion, pero fino; á una yegua pequeña, un caballo algo mas alto que ella; y á una yegua defectuosa por el cuarto delantero, un caballo de cabeza hermosa y de cuello noble, etc., etc.

Hase observado que los acaballaderos establecidos en terrenos secos y de poca miga, producen caballos sobrios, ligeros y vigorosos, de nerviosa pierna y duro casco; al paso que en lugares húmedos y con pastos mas sustanciosos, casi todos tienen la cabeza gruesa y pesada, reliecho el cuerpo, las piernas cargadas, mal casco, y los pies aplastados, que es lo que vulgarmente se llama en los caballos ser *palmiticosos*. Estas diferencias provienen del clima y alimento, como se deja entender con facilidad; pero lo que no se puede comprender, sin embargo de que es mas esencial que todo cuanto

acabamos de decir, es la necesidad de cruzar continuamente las razas, si se quiere evitar que degeneren.

Hay en la naturaleza un prototipo general de cada especie, por el cual están modelados sus individuos, pero que al tiempo mismo de realizarse parece se altera ó se perfecciona segun las circunstancias; de suerte, que relativamente á ciertas calidades, se percibe estraña variacion al parecer en la sucesion de los individuos, al propio tiempo que una admirable constancia en la totalidad de la especie. El primer animal, el primer caballo, por ejemplo, fué el modelo exterior y el molde interno por los cuales han sido formados todos los caballos que nacieron, que existen y que nacerán; pero este modelo, del cual solo conocemos las copias, ha podido alterarse ó perfeccionarse al tiempo de comunicar su forma y de multiplicarse: el sello original subsiste entero en cada individuo; pero, aunque los haya á millones, ninguno de ellos se asemeja en un todo á otro, ni por consiguiente al modelo original por donde fué formado. Esta diferencia, que nos hace ver cuan distante está la naturaleza de hacer ninguna cosa absoluta, y como sabe graduar y variar sus obras, se encuentra en la especie humana, en la de todos los animales, de los vegetales, y en

una palabra, en todos los seres que se reproducen: pero lo mas singular de todo es que si bien el modelo de lo hermoso y lo bueno parece que está diseminado por toda la tierra, sin embargo solo reside en cada clima cierta porcion del mismo modelo, la cual va degenerando siempre, á menos de unirselo con otra porcion tomada de otro clima distante. De ahí es que para tener buenas semillas, hermosas flores, etc., es indispensable cambiarlas, no sembrándolas además en el mismo terreno que las vió nacer: asimismo, para conseguir escelentes caballos, perros, etc., es necesario dar machos extranjeros á las hembras del pais, y reciprocamente hembras extranjeras á los machos del propio pais; y sin esto las semillas, las flores y los animales degeneran, ó, lo que es equivalente, toman un tinte tan subido del clima, que la materia domina á la forma, y parece la bastardea. El sello permanece, pero desfigurado con todos los rasgos que no le son esenciales; mientras que mezclando las razas por lo contrario, y sobre todo renovándolas siempre ó cruzándolas con otras extranjeras, parece entonces que la forma se perfecciona, y recobrándose la naturaleza, da de sí todo lo mas perfecto que puede producir.

No es sin duda oportuno este paraje para exponer las razones generales de semejantes efec-

tos; pero con todo, podemos indicar las conjeturas que se ofrecen á primera vista. Sábese por esperiencia que los animales ó vegetales trasplantados de un clima remoto, degeneran á veces, y á veces se perfeccionan en poco tiempo, esto es, en un cortísimo número de generaciones; así que no es difícil concebir que esto provenga de la diversidad del clima y del nutrimento. La influencia de estas dos causas debe eximir tarde ó temprano ó hacer capaces á estos animales de ciertas afecciones y de ciertas enfermedades: su temperamento en tanto se muda poco á poco; y el desarrollo de sus formas subordinado en parte al nutrimento y á los humores, debe mudarse tambien por consiguiente con la serie de generaciones. Empero esta mudanza es casi insensible para la primera generacion, respecto de que el macho y la hembra troncos de esta raza habian ya formado su forma y consistencia antes de ser espatriados; por quanto si bien es verdad que el nuevo clima y los alimentos nuevos pueden efectivamente mudar su temperamento, no son capaces sin embargo de ejercer tal influencia en sus partes sólidas y orgánicas que baste para alterar la forma de dichos animales, mayormente si habian adquirido ya su total incremento. Por lo mismo no podrá notarse ningun género de alteracion en la genera-

cion primera, y el primer producto de dichos animales no habrá degenerado: el sello de la forma se conservará en su pureza, sin sacar ningun vicio de parte del tronco al tiempo de su nacimiento; pero el animal experimentará la influencia del clima en su tierna y débil edad, y por lo mismo sufrirá mas profunda impresion que sus padres. Los efectos del alimento serán mas notables tambien, y podrán ejercer su accion sobre las partes orgánicas en el tiempo del incremento, alterar un tanto la forma original, y producir en ella algunos principios de defectos que se manifestarán mas claramente en la segunda generacion, por quanto no solo tiene su producto los defectos que le son propios, esto es, los que resultan de su incremento, sino tambien los vicios del segundo tronco, que se desarrollarán con mayor energía; y últimamente, hallándose combinados en la tercera generacion, los del segundo y tercer tronco y los que provienen de la influencia del clima y alimentos, con los de la influencia actual en el incremento, se harán de tal modo visibles que borrarán los caracteres del primer tronco. De esta suerte unos animales de raza extranjera nada tendrán ya de extranjero, sino que se parecerán en todo á los del pais. Los caballos de España ó de Berbería, cuyas generaciones siguen aquí el proceso

referido, se trasforman dentro de poco tiempo en caballos franceses, lo cual sucede con frecuencia desde la segunda generacion, y siempre á la tercera; por cuyo motivo es preciso cruzar las razas á cada una, trayendo caballos berberiscos ó españoles para darlos á las yeguas del pais; siendo lo mas singular el que esta renovacion de raza, que solo se ejecuta en parte ó por mitad, produce sin embargo mucho mejores efectos que si fuese total. Así es que un caballo y una yegua de España no producirán juntos en Francia caballos tan hermosos como los que saldrán del mismo caballo español dado á una yegua francesa; lo que no podrá dejarse de entender con facilidad si se atiende á la compensacion que necesariamente debe hacerse de los defectos cuando se juntan un macho y una hembra de diferentes paises. Las influencias del clima y del nutrimento producen en cada uno cierta conformacion, que peca por algun exceso ó defecto; pero en un clima cálido habrá con exceso lo que falte en un clima frío, y al contrario; motivo por el cual deberá hacerse una mutua compensacion de todo, cuando se quieran juntar animales semejantes de climas opuestos; y como lo mas perfecto en la naturaleza es solamente lo menos defectuoso, de suerte que las mas perfectas formas son las que tienen menos

disformidades, el producto de dos animales cuyos defectos se compensen exactamente, será por lo mismo la produccion mas perfecta de su especie; al paso que tanto mas se compensan, cuanto los animales que se junten sean de paises mas distantes ó de mas opuestos climas; y el compuesto que de ellos resultare será tanto mas perfecto, cuanto los excesos ó defectos de la constitucion del padre fuesen mas opuestos á los excesos ó defectos de la constitucion de la madre.

Así pues, si se quieren tener buenos caballos en el clima templado de Francia, es necesario traer caballos padres de climas mas calientes ó mas frios. Los caballos árabes y berberiscos deben preferirse si se pudiesen conseguir, y despues de estos los españoles y napolitanos; y por lo tocante á los caballos de climas frios, debe darse la preferencia á los daneses, y despues á los de Holstein y de Frisia. Todos estos caballos, juntados con las yeguas del pais, producirán aquí muy buenos caballos, tanto mas hermosos y mejores cuanto sea mas distante el temple del clima de donde vienen, del de Francia; de suerte, que los árabes producirán mejores caballos que los berberiscos, y estos mejores que los de España, mientras que los caballos traídos de Dinamarca los darán asimismo mucho mas her-

mosos que los de Frisia. A falta de caballos originarios de climas mucho mas frios ó calientes, será preciso tenerlos ingleses ó alemanes, ó traerlos de las provincias meridionales de Francia á las septentrionales. Siempre será ventajoso darles á las yeguas caballos extranjeros; y por lo contrario, se perderá mucho en dejar que se multipliquen juntos en una yeguada caballos de una misma raza, pues degeneran infaliblemente y en cortísimo tiempo.

El clima y el alimento no tienen tanta influencia en la especie humana, como en los animales; y la razon es clara. El hombre se defiende mejor que el animal de la intemperie del clima; su habitación y sus vestidos están regulados por las estaciones; mientras que su alimento es mucho mas vario, y no puede por tanto influir del mismo modo en todos los individuos. Los defectos ó excesos procedentes de ambas causas, tan constantes y perceptibles en los animales, lo son mucho menos en los hombres; fuera de que, habiendo sido frecuentes las emigraciones de los pueblos, estando tan mezcladas las naciones, y viajando y esparciéndose por todas partes tantos hombres, no es de admirar que las razas humanas parezcan menos espuestas á las influencias del clima, y que en todos los países se encuentren sujetos robustos, bien formados

y aun dotados de ingenio. Sin embargo, puede creerse que por un efecto de esperiencia, cuya memoria ha quedado borrada enteramente, conocieron los hombres en otros tiempos los perjuicios que resultarían de las alianzas de la misma sangre, supuesto que rara vez se ha permitido, aun en las naciones menos cultas, que un hermano se casase con su propia hermana: de suerte, que esta costumbre, que entre nosotros es de derecho divino, y que entre los demas pueblos se refiere á ideas políticas, pudo tener acaso su origen fundado en la observacion. La política no se estiende de un modo tan general y absoluto, á menos de tener analogía con las cosas físicas; pero si los hombres llegaron á conocer por esperiencia que su raza degeneraba cuando querian conservarla sin mezcla en su misma familia, desde luego mirarian sin dudá como ley de la naturaleza la de alianza con familias extranjeras, y se convalidarian todos en no consentir que hubiese mezcla entre sus hijos; mientras que la analogía puede hacernos presumir á la verdad que los hombres degenerarian en la mayor parte de climas al cabo de algunas generaciones, de la misma suerte que los animales.

El clima y los alimentos influyen asimismo en la variedad de colores que hay en las pieles de

los animales. Los montaraces y que habitan en el mismo clima son de un mismo color, con la sola diferencia de tenerlo mas ó menos subido segun las distintas estaciones del año; y los que viven en climas diversos tienen tambien colores diversos: mas en quanto á los animales domésticos hay casi infinita variedad, de suerte que se ven caballos, perros, etc. de toda clase de colores, mientras que los ciervos, liebres, etc. tienen todos un mismo color. La uniformidad de las injurias del clima y de los alimentos producen esta monotonia de colores en los animales silvestres; y el cuidado del hombre, la comodidad del abrigo y la variedad en el alimento, hacen desaparecer y varían el color y sus tintes en los animales domésticos, como tambien la mezcla de las razas extranjeras, cuando no se cuida de que el macho y la hembra sean de un mismo color: repetidas veces proceden de esta diferencia extrañas y hermosas singularidades, conforme se echa de ver en los caballos pios, en los cuales el blanco y el negro están colocados de un modo tan pintoresco, y cortan uno sobre otro tan estrañamente, que parece no ser obra de la naturaleza, sino efecto del capricho de un pintor.

En la cópula de los caballos se cuidará de que el macho y la hembra sean de un mismo

color y marca, y de que sus figuras hagan un buen contraste, no menos que de cruzar las razas, oponiendo los climas, y no juntando nunca yeguas y caballos nacidos en la misma casa de monta. Todas estas circunstancias son esenciales, y además hay otras precauciones que no debèn omitirse, cual es la de no tener yeguas de cola corta en el acaballadero, porque no pudiendo defenderse de las moscas, sienten mucho mas sus picaduras que las de larga cola; y la continua agitacion en que las ponen aquellos incómodos insectos, que no pueden ahuyentar, disminuye mucho su leche, influyendo por lo mismo en deterioro del temperamento y la marca del potro, que, en iguales circunstancias, será tanto mas vigoroso quanto su madre sea mejor criadora. Asimismo se procurará no tener sino yeguas que hayan pastado siempre, y no hayan trabajado; respecto de que las que estuvieron mantenidas en la caballeriza con alimentos secos, no producen á los principios cuando se las pone á pacer, y necesitan bastante tiempo para acostumbrarse á los nuevos alimentos.

La estacion ordinaria del calor en las yeguas es desde principios de abril hasta fines de junio; pero sucede con harta frecuencia que algunas entran en calor antes de dicho tiempo,

y en este caso conviene dejárselo pasar, sin hacerlas cubrir, en razon de que el potro naceria en invierno, padeceria mucho con la rigidez de la estacion, y no podria mamar sino leche mala. Asimismo tampoco se dejará cubrir una yegua si acaso entra en calor despues del mes de junio, porque naciendo entonces el potro en el verano, le queda poco tiempo en que pueda adquirir fuerzas suficientes para resistir las injurias del invierno próximo.

Hay muchos que en lugar de conducir el caballo padre á la yegua para hacerla cubrir, lo dejan suelto en el paraje donde están juntas las yeguas, y en plena libertad de elegir por sí mismo las que le necesitan, y de satisfacerlas á su arbitrio. Semejante método es bueno para las yeguas, las cuales producen mas seguramente que del otro modo; pero el caballo padre se arruina mucho mas en seis semanas, de lo que se arruinaría en muchos años con un ejercicio moderado y conduciéndole por el método que dejamos referido.

Cuando las yeguas están llenas y empieza á serlas gravoso su vientre, se las debe separar entonces de las que no lo están y que podrian maltratarlas. Su preñado dura once meses y algunos dias por lo comun, y paren de pie, en vez de que casi todos los demas cuadrúpedos se

echan para efectuarlo. Cuando el parto es difícil, se las ayuda introduciendo la mano para colocar al potro en la situación conveniente; y á veces tambien se le estrae por medio de cuerdas cuando está muerto. Lo primero que presenta el potro, de la misma suerte que en todas las demas especies de animales, es la cabeza, rompiendo su envoltorio al salir de la matriz: las aguas abundantes que dentro estaban contenidas se derraman; y al mismo tiempo caen uno ó muchos pedazos sólidos, formados por el sedimento del líquido coagulado de la *alantoida*. Este pedazo, llamado por los antiguos el *hippomanes del potro*, no es un pedazo de carne pegado á su cabeza, segun quisieron suponer; antes por lo contrario, está separado de ella por la membrana *amnios*. La yegua lame al potro luego que nace; pero no toca al *hippomanes*, en lo cual se engañaron tambien los antiguos asegurando que lo devoraba al instante.

El uso mas frecuente es hacer cubrir la yegua á los nueve dias de haber parido, con el fin de no perder tiempo y de sacar mayor producto de la yeguada: con todo, nada hay mas cierto que debiendo la yegua alimentar á un mismo tiempo al potro nacido y al que ha de nacer, se dividen sus fuerzas y no puede suministrarles tanto como si alimentase únicamente al uno



ó al otro de los dos: así que seria mucho mejor para tener caballos escelentes, no dejar cubrir las yeguas sino cada dos años, con lo cual durarian mas tiempo y retendrian con mas seguridad, por quanto en las yeguedas ordinarias no todas las yeguas que han sido cubiertas dan fruto anualmente, y es mucha fortuna si en el mismo año hay la mitad ó las dos terceras partes que den potros.

Las yeguas sufren la cópula aunque estén llenas; pero apesar de esto jamás se verifica en ellas la superfetacion: por lo comun paren hasta la edad de catorce ó quince años, y las mas vigorosas apenas dan fruto pasados los diez y ocho; mas en quanto á los caballos, pueden engendrar hasta los veinte años si han sido cuidados, y aun pasada esta edad. Se ha hecho la misma observacion sobre estos animales que en órden á los hombres, esto es, que los que principiaron temprano á engendrar acaban tambien mas pronto; pues los caballos bastos, que están formados antes que los finos, y se aplican para padres desde la edad de cuatro años, no duran tampoco tanto tiempo, y se hallan comunmente imposibilitados de engendrar antes de los quince (1).

(1) Véase el *Nuevo mariscal perfecto* de Mr. de Garsault, pág. 68 y sig.

La duracion de la vida en los caballos está proporcionada á la del tiempo de su incremento, no de otra suerte que en las demas especies de animales. Así el hombre, que tarda catorce años en crecer, puede vivir seis ó siete veces igual espacio de tiempo, esto es, noventa ó cien años; y el caballo, cuyo incremento se verifica en cuatro años, puede vivir seis ó siete veces mas, esto es, veinte y cinco ó treinta años; puesto que si bien hay algunos ejemplares contrarios á esta regla, son tan raros no obstante, que ni aun se deben mirar como excepcion de que se puedan sacar consecuencias. Esta es la razon por que los caballos bastos viven menos que los finos, puesto que adquieren su incremento total en mucho menos tiempo, y son viejos desde la edad de quince años.

En los caballos y en la mayor parte de los demas cuadrúpedos parece á primera vista que el incremento de las partes posteriores es mayor desde un principio que el de las anteriores, al paso que en el hombre crecen menos al principio las inferiores que las superiores, puesto que los muslos y las piernas son proporcionalmente al cuerpo mucho menores en los niños que en los adultos, al revés de lo que sucede en el potro, cuyas piernas son bastante largas para poder llegar á su cabeza con el pie, lo cual no puede eje-

cutar el caballo adulto. Pero esta diferencia no tanto procede de la desigualdad del incremento total de las partes anteriores y posteriores, como de la desigualdad de los pies de delante y de los de atrás, la cual es constante en toda la naturaleza y mas visible en los cuadrúpedos, por cuanto los pies en el hombre no solo son mas abultados que las manos, sino que tambien se hallan formados antes; y en el caballo, cuya mayor parte de la pierna no es otra cosa que pie, pues solo se compone de los huesos correspondientes al tarso, metatarso, etc., no es de admirar que sea este mas estenso y se desarrolle con mas prontitud que el brazo, en el cual toda la parte inferior representa la mano, estando formada solamente por los huesos del carpo, del metacarpo, etc. Esta diferencia se observa fácilmente en el potro recién nacido, en el cual los brazos ó piernas delanteras parecen y son efectivamente mucho mas cortos entonces de lo que serán con el tiempo, comparados con las de atrás; y fuera de esto, el volúmen que adquiere el cuerpo, bien que no dependa de las proporciones del incremento en longitud, pone sin embargo mayor distancia entre los pies traseros y la cabeza, y por consiguiente contribuye á impedir que el caballo la alcance con los mismos, despues que adquirió todo su incremento.

Las especies varían segun los diferentes climas en toda suerte de animales, y los resultados en general de semejantes variedades forman y constituyen diversas razas, de las cuales solo podemos percibir las mas señaladas, esto es, aquellas que visiblemente difieren unas de otras, sin contar las gradaciones intermedias que son como en todo lo demás infinitas. Nosotros hemos aumentado su número todavía, y añadido confusion con secundar la mezcla de estas razas, violentando, por decirlo así, la naturaleza con traer caballos de Africa y Asia á nuestros climas; nosotros mismos borramos las primitivas razas de Francia, introduciendo caballos de todos paises; y solo nos quedan para distinguirlos, algunos ligeros caracteres producidos por la influencia actual del clima. Estos caracteres serian mucho mas señalados y las diferencias mas perceptibles, si las razas de cada clima se hubiesen conservado en él sin mezcla: las variedades de menor consideracion hubieran tenido menos gradaciones y sido menos numerosas, pero las hubiera habido en cierto número notables y bien caracterizadas; de suerte, que cualquiera las habria distinguido con facilidad, en vez de que es preciso mucho hábito y aun bastante esperiencia para conocer los respectivos paises á que pertenecen los diferentes caballos,

acerca de lo cual no tenemos otras luces que las que podemos sacar de los libros de los viajeros, de las obras de los maestros mas hábiles en el arte de montar á caballo, como son el Duque de Newcastle, De-Garsault, De-la-Gueriniere, etc., y de algunas observaciones que Pigneroles, caballerizo del Rey y presidente de la Academia de Angers, se ha servido comunicarnos.

Los caballos árabes son los mas hermosos que se conocen en Europa, mayores y mas corpulentos que los berberiscos y no menos bien formados; pero como son muy pocos los de esta raza que vienen á Francia, no tienen los picadores observaciones individuales de sus perfecciones ni de sus defectos.

Los caballos berberiscos son mas comunes: su cuello es largo, fino, poco cargado de crines y bien levantado de la cruz; la cabeza hermosa, pequeña y frecuentemente acarnerada; la oreja chica y bien situada; las espaldas descarnadas y chatas; la cruz delgada y bastante elevada; los lomos cortos y rectos; el hijar y las costillas redondas, sin demasiado vientre; las caderas llenas; la grupa algo larga por lo comun, y el nacimiento de la cola un poco alto; el muslo bien formado y rara vez chato; las piernas hermosas, bien hechas y con poco pelo; el nervio maestro desprendido, y el pie bien

formado, pero la cuartilla larga por lo comun. Los hay de toda suerte de pelos, pero con mas frecuencia lo tienen gris. Estos caballos son algo negligentes en su marcha, y necesitan de que se les ayude; y entonces se les encuentra mucho nervio y velocidad: son muy ligeros y á propósito para la carrera, y parecen los mas oportunos para cruzar las razas; de suerte, que es lástima no sean de marca algo mas crecida, pues los mayores tienen solos cinco piés, cinco pulgadas y cuatro líneas, y es raro el caballo berberisco que llega á cinco piés, seis pulgadas y media; aunque por otra parte la esperiencia tiene acreditado que en Francia, Inglaterra, etc. engendran potros mayores que ellos mismos. Aseguran que entre los caballos de Berberia son mejores los de Marruecos, y despues los de las montañas: los del resto de la Mauritania son inferiores, como tambien los de Turquía, Persia y Armenia, todos los cuales, así como los de paises cálidos en general, tienen el pelo mas raído que los de otros climas. Los caballos turcos no son tan bien proporcionados como los berberiscos, y tienen por lo comun el pescuezo entablado, el cuerpo largo y los remos demasiado delgados; sin embargo, trabajan mucho y son de mucho aguante, lo cual nada tiene de extraño si se reflexiona que en los paises ardi-

tes los huesos de los animales son mas duros que en los climas frios, por cuya razon, aunque tengan la caña mas delgada que los de este país, tienen sin embargo mucha mas fuerza en las piernas.

Los caballos de España, que llevan la preferencia despues de los berberiscos, tienen el cuello largo, grueso y con muchas crines; la cabeza algo abultada y á veces acarnerada; las velas ú orejas largas pero bien situadas; los ojos fogosos; el continente noble y fiero; las espaldas llenas; el pecho ancho; los lomos un poco bajos á las veces; la costilla redonda, y el vientre asimismo algo abultado en demasia; la grupa redonda y ancha por lo comun, aunque algunos la tienen algo larga; las piernas hermosas y con poco pelo; el nervio maestro bien desprendido; la cuartilla á veces algo larga como los berberiscos: el pie un poco largo como el de un mulo, y á veces tambien el talon demasiado alto. Los caballos de España de buena raza son gruesos, de buenos anchos y terreros, y tienen asimismo mucho movimiento en su andar, mucha flexibilidad, mucho fuego y fiereza. Su pelo mas comun es negro ó castaño claro, aunque los hay tambien de toda especie de pelos. Rara vez tienen las piernas y narices blancas; y los Españoles, que miran con aversion estas señales, no ha-

cen raza de los caballos que las presentan, mientras que buscan tan solo una estrella en su frente, y estiman los caballos zainos, tanto como nosotros los despreciamos. Ambas preocupaciones carecen quizás de fundamento, aunque contrarias, por quanto se hallan caballos que tienen todas estas señales y son muy buenos, de la misma suerte que hay caballos escelentes sin embargo de ser zainos. Esta ligera diferencia en la piel de un caballo no parece que tenga ninguna relacion con su índole, ni que dependa de su constitucion interna, sino que mas bien es efecto de alguna calidad exterior, y tan superficial, que cualquiera herida en la piel, por ligera que sea, produce una mancha blanca. Por lo demás, los caballos de España, zainos ó no zainos, están marcados todos en el muslo derecho con la marca de la casa de monta de donde salieron; y aunque generalmente hablando no es grande su estatura, no dejan de encontrarse algunos de cinco pies y seis ó siete pulgadas. Los de la Andalucía alta pasan por los mejores de todos, no obstante de que muchas veces tienen la cabeza demasiado larga; pero se les perdona este defecto á favor de sus raras calidades, de su valor, docilidad, gracia, fiereza y de su mayor flexibilidad que los berberiscos; ventajas por las cuales son preferidos á todos los demás ca-